

PUENTES Y FRONTERAS DE TRUJILLO. RELATOS ORALES DE LOS CAMPESINOS DE LAS MONTAÑAS TRUJILLANAS¹

*Maria Carmen Virginia Carrillo**

Resumen

En este trabajo se recopilan un conjunto de relatos, mitos y leyendas de informantes orales de la comunidad campesina de Altos de la Cruz, en San Isidro, ubicada en la zona montañosa sur del estado Trujillo que va desde Valera hasta la Puerta, con la finalidad de establecer las particularidades que caracterizan a estas manifestaciones orales y cómo las mismas derivan de un imaginario que pareciera formar parte de la cotidianidad de los habitantes, y constituyen un referente fundamental para la configuración de la identidad del grupo, lo que constituye un aporte al patrimonio cultural regional, del estado Trujillo. Para tal efecto se utilizó el método etnográfico.

Palabras Clave: Oralidad, relatos de campesinos. Estado Trujillo.

¹La investigación para realizar este trabajo ha sido posible gracias al financiamiento del CDCHTA de la Universidad de Los Andes, proyecto NURR-H-469-09-06-B

*Profesora titular a Dedicación Exclusiva en la Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario "Rafael Rangel". Miembro del Laboratorio "Arte y Poética" de la misma Universidad. Tiene Doctorado en Lengua y Literatura en la Universidad de Murcia España, Magíster en Literatura Latinoamericana en la ULA-NURR, y Licenciada en letras en la Universidad Católica Andrés Bello- Venezuela. E-mail: cvct58@gmail.com.

Recibido: 25/09/2012

Aprobado: 16/11/2012

BRIDGES AND BORDERS OF TRUJILLO. ORAL STATEMENTS OF THE PEASANTS OF THE MOUNTAINS OF TRUJILLANAS

Abstract

In this work we collected a set of stories, myths and legends from informants of the rural community of Altos de la Cruz, in San Isidro, located in the mountainous area at the south of Trujillo state, located between Valera and La Puerta, with the purpose of establishing the features that characterize these oral manifestations and how they constitute an imaginary of mythological creatures that seem to be part of the daily life of the inhabitants, and are an essential reference for setting the group identity, which is a contribution to regional cultural heritage of Trujillo state. For this purpose we used the ethnographic method.

Key words: *Orality, peasants stories. Trujillo State.*

El rescate de la oralidad constituye un elemento fundamental para la configuración de la identidad y el patrimonio cultural regional, a la vez que da cuenta de la eficacia comunicativa de la cultura popular. Conocimientos heredados de los antepasados en distintos ámbitos, tales como la detección y el uso de agentes de su entorno para uso medicinal, interpretación del hábitat para el mejor aprovechamiento de los recursos, destrezas para la elaboración de utensilios y herramientas, sistemas de valores, quedan testimoniados en los relatos que se transmiten de generación en generación, a viva voz.

Las matrices simbólicas de estas prácticas culturales periféricas están íntimamente relacionadas con sus contextos, a la vez que integran dispositivos provenientes de ámbitos globalizados a través del intercambio de elementos heterogéneos, que mantienen un diálogo constante en una doble tendencia: por un lado la preservación de la memoria y por otro la actualización en función del progreso que inevitablemente se asoma a sus comunidades.

Lotman y Escuela de Tartu (1979) definen a la cultura como memoria no hereditaria de la colectividad; en este sentido, los cono-

cimientos y las historias transmitidas de generación en generación en forma oral constituyen un factor fundamental para la existencia misma de estas culturas. La organización interna de las colectividades rurales y sus presupuestos éticos se reflejan en las normas y regulaciones que se transmiten a través de los relatos de diversa índole.

En el siguiente trabajo se determinan algunas de las matrices simbólicas que dan cuenta de la memoria de la cultura rural de la zona montañosa sur del estado Trujillo, a partir de la consideración de los relatos recopilados entre un grupo de informantes de la comunidad campesina de Altos de la Cruz, situada en las colinas que colindan con la urbanización San Isidro, ubicada entre Valera y La Puerta, en el estado Trujillo, Venezuela.

La comunidad de Altos de la Cruz está constituida por once familias, casi todas emparentadas entre sí. El trayecto desde la orilla de la calle de la urbanización hasta la explanada que se extiende en el tope de la colina puede durar entre una hora y hora y media, dependiendo de las condiciones físicas del caminante. Solo tres casas se encuentran a lo largo de la empinada cuesta: la de Maxine Viloría, su mujer Gladys Toro y sus dos hijos; la de Franklin y Esmeralda González junto a sus dos niñas y el menor que es un varoncito, y la de Lucas y Marta González, quienes viven con la hija de Marta y dos nietos. Otra casa puede verse un poco más arriba, en el medio de las montañas: es la de Marcos Castro y Emperatriz Vásquez. Dos familias están ubicadas en el punto más alto: la señora Omaira Viloría con sus hijas, y cerca de ella su hijo Yhonny Araujo con su esposa Evelyn y sus seis hijos. Cinco familias están instaladas en la altiplanicie de la colina: José Mateo Lamus y Otilia Valero, quienes viven con el padre, el señor Gabriel Antonio Valero y los dos hijos de la pareja; Guillermo y Zenaida Márquez, los patriarcas de la comarca y tres de los hijos quienes se establecieron muy cerca de la casa de los padres con sus respectivas parejas e hijos. Ellos son Régulo y Morela con sus tres hijas, Orlando, Leticia y sus dos hijos, Jesús (alias Chucho) y Yohania junto a sus tres hijos. Allí tienen sus barbechos y siguen la tradición heredada del trabajo de la tierra, en que participan todos los integrantes de la familia, con el mismo empeño que pusieron sus antepasados. Cada familia se ocupa de uno o más barbechos, algunos localizados cerca de la casa; otros, cerro arriba.

Don Guillermo Márquez y doña Zenaida son los mayores del grupo. El patriarca relata los inicios de la comunidad con estas palabras

En realidad yo no recuerdo de los abuelos míos, cuando yo nací ya se habían muerto; de las abuelas de mi papá y de mi mamá sí. Los primeros en establecerse aquí fueron los abuelos de los abuelos míos. Mi papá se llamaba José Manuel Matheus. La mamá de mi papá estaba en este mismo lugar. Siempre la familia de mi mamá ha estado aquí, nos criamos aquí, en esta casa. Yo siempre lo he dicho, yo tengo 76 años, mi papá y el tatarabuelo de mi papá y el abuelo de mi papá y el papá de mi papá, fueron los que fundaron esto, con otra gente que fundaron estos cerros. Siempre dedicados a la agricultura, porque era un tiempo de que cuando había un crecitivo, por lo menos, la gente trabajaba una semana en la hacienda cortando caña y una semana en la agricultura y la semana que no podía le mandaban la policía para llevarlo, a ver si estaba enfermo para ver por qué no había vuelto, así decía mi papá. Después se murió y quedé yo.

Después la abuela mía pues echaba chistes de cuando ellos se criaron, de cómo vivieron en una época que vivieron por ahí en un llano. Ahora, yo nací aquí, con mi amá y mi papá, resulta que los tatarabuelos de mi papá pues fueron los que fundaron el cerro con otras gentes, que fundaron ese cerro y se criaron ahí, después ellos murieron y quedó mi papá. El papá de mi papá, el tatarabuelo, etc., se criaron ahí, esos fueron los que vivieron. Eso es lo más que yo le puedo contar.

A mi señora la conocí en la Laguna y me la traje a vivir acá, aquí se criaron mis hijos².

²Todas las fotografías que a continuación se presentan en esta investigación son propiedad exclusiva de la autora



Don Guillermo Márquez

Chucho y Yohania, junto a sus hijos Manuel, Maira y Mario, al igual que los demás hermanos Márquez, nos abrieron las puertas de su casa y nos permitieron compartir distintos momentos de sus vidas. Así, los acompañamos a arar, a sembrar, a cosechar, a fabricar yuntas, silletas, cestas, a capar toros, a ver peleas de gallos, a caminar bajo la luna llena en una búsqueda del niño, mientras escuchábamos sus historias, leyendas de seres mitológicos, algunas recetas para curar diversos males, entre otros relatos.



Chucho Márquez y su sobrina

Lo primero que llama la atención cuando uno se acerca a esta comunidad es la cercanía física y la lejanía de trato que existe entre los habitantes de la acomodada urbanización y los campesinos que desde tiempos remotos han habitado, cultivado y desarrollado, dentro de la precariedad de sus recursos, ese hermoso espacio geográfico de nuestras montañas. Aunque algunos de ellos realizan trabajos eventuales en las quintas de San Isidro, como jardinería, vigilancia y labores de servicio doméstico, los dos colectivos viven circunstancias drásticamente dispares.

Si bien los procesos de modernización han permeado en el grupo de campesinos a partir del inevitable contacto con la ciudad y pueblos vecinos, ellos se mantienen fieles a las tradiciones y costumbres ancestrales que han logrado mantener vigentes, a la vez que han ido incorporando ciertos aspectos de la sociedad industrializada; aunque la combinación de elementos sea bastante desequilibrada.

Es común verlos arando con una yunta de bueyes y contestar el celular que suena en medio de la faena. O escuchar una ranchera o un vallenato que resuena en medio del silencio de la montaña, proveniente de un equipo de sonido, pero algunas casas no cuentan con sistema sanitario, ni poseen pozos sépticos.

A pesar del poco o nulo apoyo de los entes gubernamentales para mejorar las condiciones de vida de este colectivo, el interés, el ingenio y la capacidad de trabajo en común les ha permitido tener agua potable, que ellos mismos hacen llegar a través de una manguera que compraron y subieron, a lomo de mula y en hombros, hasta una naciente ubicada en el alto de una montaña, a varios kilómetros de distancia de la comunidad.

Aunque esas tierras pertenecen al señor Pablo Araujo, don Guillermo, sus hijos, parientes y amigos, han podido vivir por generaciones y trabajar la tierra sin ser molestados. Los hijos van a la escuela rural que está en la Laguna. Cuando salen de sexto grado deben ir al bachillerato a Valera, o Mendoza.

Es en este intercambio de los adolescentes con el entorno urbano que los avances tecnológicos se hacen más exigentes; así podemos ver a Manuel, el hijo mayor de Chucho, ayudando a cosechar con unos audífonos conectado a su MP4 y estudiando bachillerato técnico con la finalidad de seguir estudios universitarios en informática.

Chucho y Yohania nos hablaron del pasado, de los hábitos y los oficios que han prevalecido a lo largo de los años:



Yohania Araujo con sus hijos

Yohania suele referirse a las dificultades que tuvo que enfrentar su abuela Paulita y relata las historias que recuerda de ella:

Cuando yo estaba niña, la abuelita que era Paulita, ella nos contaba la vida de ella que fue muy dura, ella nos contaba que en el sector donde ella vivía no tenían agua y hubo un tiempo de sequía muy fuerte que la mina lo que daba eran gotitas de agua por una raíz y dicen que ellos para lavar un plato, unas cucharillas, una taza de café usaban una tacita de tomar café para fregarlo y una para enjuagarlo y lo mismo era con la ropa de vestir, o sea, dicen que fue un momento muy duro para ellos porque no tenían agua, ella nos contaba esas cosas, ella nos contaba que se tenían que levantar a las dos o tres de la mañana a moler el maíz en una piedra, porque en ese tiempo no existían los molinos de mano ni de esas cosas, todo lo molían en piedra a mano y pasaban toda la madrugada para poder hacer las arepas en la mañana.

Ella se crio con la abuela de ella, que la abuela de ella era hierbatera, o curandera que llamaban antes, curaba con puras ramas y esas cosas, ella dice que pa donde la abuela la llevaran a curar un enfermo y esas cosas entonces ella tenía que ir con ella, entonces en ese momento para ella fue muy duro porque tenía que ir donde fuera la abuela a curar y esas cosas, dice que fue duro, ella contaba lo duro que le tocó la vida a ella.

A su vez, Chucho recuerda su infancia:

Yo cuando estaba muchacho, pues de niño llevaba botella, hacía yugos, hacía arados, por supuesto hacía unas silleticas y le ponía cargas a los perros y llevábamos a los perros, jugábanos, nos ayudábamos los unos con los otros, estábamos muchachos nosotros y después yo fui creciendo y mi papá dijo, cuando usted crezca tiene que hacerme un arado. Cortamos un jarillo, era en menguante, y lo hicimos, y corté un yugo, lo corté de un palo y el abuelo de Yohania lo acabó de emparejar, se lo vendí al finao Miguel Ángel por 10 bolívaes y de ahí fue cuando yo aprendí a echar palo, a hacer sillas.

Yo cuando era niño pues me acordaba cuando había toda la gente que vivía aquí en el cerro, me crie aquí en el cerro. La gente peliaba, me acuerdo una vez que mi papá, estaba un señor que se llamaba Félix estaba pal cerro arriba, pa' llápa la casa de la mamá de Yohania y entonces yo había hecho un arado pues pequeño y estaba una burra amarrada en el patio y yo le digo vamos a quitar la burra porque baja Félix con el burro y dice mi papá "no quite eso" a mi papá también le gustaba pelear, no juegue y cuando baja Félix se agarra el burro de Félix con la burra de mi papá a horcar la burra, pues agarró mi papá el palo del arado que yo había hecho y le cayó al pobre Félix a leño, bajaba pisco Félix y le cayó a leño, recuerdo yo, estando muchacho, después, estaba el finao Miguel Ángel allá y se iban a agarrar a peliar, peliaron en la noche, en la mañana bajó mi papá pa'onde el finao Miguel Ángel y ya en la tarde subían juntos.

Por su parte, Yohania trae a la memoria conductas y actitudes del colectivo que se han ido perdiendo:

Una parte que yo recuerdo, o sea, que por ejemplo ya ahorita no lo hacen, antes los señores, los jóvenes, los trabajadores pues, ellos en el día trabajaban en los barbechos de ellos, en la tarde ya se reunían a ir a las cayapas, lo que

ellos llamaban cayapas, se reunían todos iban y trabajaban en la tardecita, de tres a seis de la tarde, y bueno, se ayudaban unos a los otros, era lo que llamaban vuelta de mano en cayapa, ellos participaban toda la tarde, que si deshierbando caraota, maíz, lo que llamaban ollar, rozar, limpiar los terrenos, ya en la tardecita cuando ellos salían, pues se reunían por ejemplo en la casa de mi mamá o en la casa del suegro que es Guillermo, se reunían y jugaban dominó, jugaban bingo, echaban chistes de lo que ellos vivían, bueno así pasaban hasta las ocho o nueve de la noche, se tomaban lo que ellos llamaban sus pimpinitas de aguardiente, las señoras pues les brindaban café y así pasaban toda la tarde, después de la cayapa era como un compartir, era una unión tan fuerte, eso ahorita no lo hay.

A lo que agrega Chucho:

En la cayapa de uno, se iba uno a las cuatro de la tarde y se estaba hasta las seis y de ahí salía uno y llegaba a la casa de donde era la cayapa y bebía café, a veces a uno en vez de café le daban guarapo porque estaba muchacho todavía. A mí dese muchacho me ha gustado el café y de ahí cojíanos a jugar bingo, dominó, a veces llegábanos tarde a la casa, mi papá nos trancaba la puerta porque llegábanos tarde, eso que estábanos ahí mismo, casa con vecinos pues, nos trancaba la puerta, y tenía uno que meter el deo con cuidaito pa echar la tranca que tenía metida, a veces no trancaba abajo sino trancaba arriba y como por ahí no cabían los deos, entonces teníanos que dormir en un cuarto aparte y a veces nos echaba cuero.

Anteriormente todo era unido, ahorita no, ya la gente, yo por lo menos, a usted no lo voy a ayudar para que no se haga rico y usted a mí no me va a ayudar para que yo no me haga rico, ve? Hay un egoísmo tan bravamente que eso es lo que pasa ahorita, ahorita las cayapas se han acabao, las que llaman las tardecitas, todo eso se ha acabao, ahorita muy rara vez lo llaman a uno a un convite, a rozar, ahorita todo está caro, entonces una persona media garrafa de miche no

se bebe, todo eso se ha terminao de como era en el tiempo de antes en la juventú de uno.



El Arado

Cuando le preguntamos a Don Guillermo qué diferencia encuentra entre los procedimientos agrícolas de antes y los de ahora nos comenta:

Como se siembra hoy y como se siembra cuando era muchacho esa es la misma siembra, uno por lo menos en marzo sembraba una travesía de caraota, una travesía de maíz. Ahorita, como los tiempos no son iguales, porque ha cambiado mucho, se siembra cuando llueve y entonces ahorita no es tiempo ni de la siembra, porque no se puede sembrar porque fijese al final que vamos y no se ha podido sembrar por el verano, anteriormente era así no, que las siembras se hacían en esas épocas que ahorita no se pueden hacer porque como se va a hacer una siembra si no llueve, porque antes hacían seis meses de agua y seis meses de verano y en aquellos seis meses de verano siempre llovía, como en aquellos seis meses de agua siempre había verano, entonces la mata producía, ahorita no, ahorita se siembra la mata y es muy difícil que produzca con un poco brisa da, bueno será por cura de Dios.

Entre los campesinos de Altos de la Cruz se han heredado una serie de prácticas curativas en base a hierbas medicinales, sobas, etc., que en general son practicadas por un curandero y hierbatero de reconocida

trayectoria en la zona, aunque también son del conocimiento de otros miembros del grupo, quienes las ejecutan cuando se hace necesario.

Chucho, funge de veterinario con los animales que se enferman y capa toros con la ayuda de los amigos, para convertirlos en bueyes. Además conoce remedios para distintas enfermedades, como la hiel de lapa para curarle los ojos a los gallos de pelea entre otros. Muchos fueron los testimonios que no suministró, entre ellos queremos resaltar los siguientes:

Por lo menos con los bueyes, cuando uno trabaja con los bueyes y se escacha un buey, se le afloja el cacho, entonces agarra un poco de ifuque lo machuca y con un trapo hace una venda, lo enrolla en el cacho y al mes o a los dos meses se le quita eso y cuando se le quita eso ya tiene el cacho duro.

También refiere Chucho que las torceduras de huesos se arreglan con miche de culebra bachaquera. Por su parte don Guillermo nos relata:

Un compadre mío, no, que ya se murió, no, le cayó un ring de un carro en una pierna, estuvo malo, no, dijo que le buscaran el ifuque y lo machucaron bien, con aceite de comer y se ponía la cataplasma en la pierna y con eso mejoró. Había gente que si se daba en una mano, se descomponía una mano y cualquiera le agarraba aquella mano y le sobaban, no, y entonces le fajaban una concha de siopa´ que le ajustara la mano, de aquel palo que hay allá, hacían un cuero y le fajaban a uno la mano y bueno uno se mejoraba, o un pie, y ahí se mejoraba.

Ni Altos de la Cruz, ni en las zonas aledañas, hay ambulatorios y llegar a las zonas urbanas toma demasiadas horas; por tanto los campesinos, siguiendo la tradición de sus ancestros, suelen recurrir a los mojanos, quienes pueden curar los males del cuerpo y los del alma con la misma eficacia.

Para don Guillermo, hoy en día se han perdido muchas de las buenas costumbres de antaño y, a pesar de que se gana más, el dinero rinde menos. Insiste en que en el pasado, a pesar de las dificultades, la vida era mejor:

En aquellas épocas atrás valía un par de cotizas dos y medio y hoy vale 35.000 bolos, en aquellos tiempos atrás, usted sabe que cuando aquellas épocas la gente salía a las seis de la mañana a trabajar, para regresar a las seis, para ganarse dos y medio, bueno, también era todo muy barato, no, una muda de ropa, yo recuerdo que la abuela mía hacía pantalones y valía tres reales la vara de tela, hoy no hay eso.

En una tienda en Valera, no, no se estaba yo muchacho, ellas iban pa' Valera y la compraban, en Mendoza también había unas tiendas y también la compraban, entonces ella compraba aquello y me hacía los pantalones. Cuando un sombrero de pelo valía cinco bolívares yo tenía la abuela mía, Juana, me quería mucho, no, y entonces me compró un sombrero de pelo pequeño, un sombrero negro, una tía mía, Benigna Viloría, tenía un nieto y fue y también le compró un sombrero de pelo, pues claro, lo ve a uno con sombrero de pelo eso daba mucho gusto. Ellas vivían trabajando, usted sabe que esas mujeres, por eso es que hoy, juntarse con las mujeres es muy difícil porque hoy es puro lujo, pura cosa y ellas no quieren trabajar. Esas mujeres en aquellas faldas trabajaban arrancando arvejas, iban a ayudarle a un señor que vivía aquí arriba, que se llamaba Prada a arrancar arvejas, a ganarse tres reales, dos y medio el día, en esas épocas era como bravo, al finalmente era como bravo pero al mismo tiempo los cobres valían mucho, hoy no vale la plata nada. Todo era difícil porque los cobres costaban pa' hacerlos, hoy no, hoy cualquier muchacho saca una faja de billetes, aunque no le cueste, sea como sea, pero la carga. En aquella época estaba yo en La Lagunita y me dice un señor, le vendo esta camioneta, ya usada no en siete mil bolívares, y el muchacho mio compró una camioneta usada en 35 millones de bolívares.

Antes era, uno se conseguía joven, y brincaba y saltaba por donde quiera y se sentaba con una persona y lo atendía, hoy no, hoy se sienta uno a conversar con alguien, un muchacho y le dice cuatro cosas y no sabe nada.

Antes una panela de dulce valía un real y hoy vale como que son cuatro mil o cinco mil bolívares, un kilo de azúcar valía dos y medio y lo había y hoy vale casi tres mil bollos, porque las épocas han cambiado tanto que de allá de arribita de Valera hasta llegar a La Puerta eso eran cañales y ahorita qué hay de caña por ahí, lo que hay son puras quintas, entonces cómo va a prosperar la vida mejor.

Don Guillermo tuvo que realizar diversos oficios para sacar adelante a su familia, en algunas oportunidades, cuando la situación se hacía muy dura, llegó a producir chimó e inclusive a trabajar en un alambique clandestino, lo que le valió seis meses de cárcel. Así nos refiere estas experiencias:

Cuando nosotros empezamos a trabajar yo tenía como unos catorce años que mi amá y mi apá había un caney por aquí más allá, y sacábamos la leña por allá de aquella montaña arriba el tabaco lo sembraban, hacían los almácigos de tabaco y después nacía aquello y cuando ya estaba grande se sembraba, cuando llegaba al caney que ya se recogía en el caney, lo ponía la gente a los peroles a cocinar en leña y después se sacaba el chimó, se cocinaba y después se mermaba el caldo se ponía una prensa, se prensaba, eso salía y daba el punto del chimó.

Para ..el chimó se buscaba el perol, tres piedras y se le ponían una lata debajo y el perol encima, se le metía la leña por debajo y se le ponía a darle el punto al chimó, se echaba eso que llamaban cernada, cuando el chimó ya estaba a punto lo sacaba uno y lo sobaba para darle el punto al chimó.

De las situaciones de antes, no, gracias a Dios y a la Virgen, pues yo crie esos muchachos y me ayudó un amigo mío de por allá de Escuque, nos pusimos a trabajar, me lo conseguí yo que iba con una caja de chimó por las costi-

llas de ahí de San Isidro iba a agarrar un carro y me iba para La Lagunita arriba a vender chimó. Una vez estábamos allá donde el señor ese Ángel, en el negocio y dice un señor, bueno, sería como Dios, no se, y dice: sabe dónde si se vende chimó, es en Boconó. Bueno, entonces yo le dije al señor que fueranos, y fuimos entonces el vendía en un camión, vendía víveres, salía a vender víveres, llenaba el camión de víveres y salía a vender. Bueno, gracias a Dios y a la Virgen, compré ese cuarto, ahí donde están las muchachas, y ese cuarto nos dio para comprar el terreno de aquella casa allá, los muchachos pusieron la buena voluntad, eso es todo, eso es una cosa que uno debe de pensar. Cuando estos muchachos ya crecieron, estaban ellos pequeñitos, estaban como estos cuando hacía chimó. Cuando ellos crecieron, dejé el chimó, dejé el trabajo ese. Un señor llamado Miguel Ángel que vivía ahí en esa casa, él siempre vivía del alambique, no, él vivía con la señora y de pronto compró allí y se vino pa' cá. De ver la situación tan brava en aquellas épocas le dije yo que pusiéramos un alambique. Pusimos un alambique, sacando miche mucho tiempo, de pronto como la gente, como dicen, la lengua no tiene hueso, dice lo que quiere, alguien chismeo del alambique, no, ese día habíamos ido nosotros para La Puerta a traer un poco de miche y estaba yo acostao, iba a llevar a los muchachos a trabajar en la agricultura, estaba sentao cuando llegó un señor y toco la puerta, no, yo estaba arrecostao, el señor lo primero que se sonrió, no, el no hizo seña ninguna sino que se sonrió y dice usted tiene un alambique? -Si, qué más le iba a decir, tres guardias. Ya sabían dónde estaba el alambique, ya le habían dado la orden donde estaba el alambique, este, me preguntaron si había desayunao, me llevaron pa'allá y me dijeron si no tenía cobres, cobres de dónde, yo no tenía, entonces dijeron bueno, entonces nos vamos, vámonos, me dijeron, entontes la señora se puso a llorar y me dijeron, usted se queda, me dejaron, se fueron.

A los días, no fue ni día y medio, a mi se me hizo fácil volver al alambique y seguimos trabajando ahí. Estoy yo sacando el miche cuando llega una señora y me dice que viene la guardia por los mujíes, yo saqué la verga esa y la apagué y me agarré po'allá. Bien gracias. Yo salí filo arriba y tal y vi cuando salí allá. Vi cuando salió un guardia por ahí pa'allá y salió con el filo arriba y tiré pa' la montaña. Pero yo tenía una escopeta que la tengo allá en la viga arriba y el guardia muy interesado llegó y voltió al muchacho y le dijo que negociara y volvió y sacó la escopeta. El señor que sacaba miche conmigo estaba allá en la casa pero se quedó allá agazapado y veía la escopeta. Una escopeta *winchester*, la miraba, se fueron, en la noche la dejaron al pie del cerro, en la noche me fui donde un señor que se llamaba Felipe Neri Terán, hablando vulgarmente y de política, cuando eso él era empleo de los adecos, en la época de Carlos Andrés Pérez, él era uno de los cacique del partido, entonces yo llegué, estaba la doña allá y le conté el caso, me dijo no, Felipe no está aquí, pero venga mañana que él le hace la diligencia. Me dijeron que la presentara allá.

Ahora, el día de Santa Cruz me fui pa' Valera a buscar un saco de maíz y una cabuya para los animales, iba con el saco de maíz y está un señor ahí en el negocio del frente, con una gorra roja haciendo así, yo pasé por la puerta dejé el maíz allí y la cabuya, entonces me llamó pa'allá. Estaba vestido de civil, como yo. -Mire, usted que le agarraron un alambique, -a mí no. Entonces me dijo: -me acompaña, y le dijo: -como no. Y nos fuimos. Me dijo pague el pasaje, no era ni muchos cobres, pero valían los cobres, tres reales valía el pasaje pal comando. Llegamos al comando, eran como las 12, y ya estaban cerrando -bueno, estese aquí hasta las dos de la tarde. Allá estuve conversando con el teniente, el comandante de la guardia me dijo: A usted que le agarraron un alambique de tantas pulgadas en la Culebra, -no vacié le dije,
-Y usted por qué?.
-Usted sabe la situación, uno les explica la situación de

uno, tiene muchas veces que hacerlo porque uno tiene hijos y tiene que darles de comer, bueno, si quiere me lleva el reclamo a Timotes.

Entonces yo fui a reclamar en Timotes, lo que le formó el guardia de Timotes al teniente ese peo, entonces me detuvo allá y al otro día me mandaron pa' Valera, me metieron seis meses de cárcel. Menos mal siempre, como dice el dicho, ahora no hay con quien hablar, en aquella época conseguía uno con quien hablar, ahora no, hoy no hay con quien hablar, nadie lo favorece a uno, entonces Felipe Neri y varias personas me defendieron, entonces seis meses me metieron, seis meses estuve preso. Muchas veces los golpes sirven de experiencia, porque ya le digo nosotros vivíamos de la miseria y tal, trabajando, y seis meses preso, yo tenía ese cuadro de muchachos, ya estaban grandecitos, entonces nos pusimos a trabajar en la agricultura.

Los habitantes de Altos de la Cruz creen en seres sobrenaturales que suelen asustar y, en oportunidades, maltratar a los mortales, entre los más mencionados se encuentran los espantos, las brujas, los arcos³, los jachos, los katé.

Don Guillermo explica quiénes son estos seres a partir de lo que le contaron otros, entre ellos su progenitor, lo que da al relato un carácter de confiabilidad, en tanto que la palabra del padre, percibida como suprema autoridad, nunca es cuestionada:

Como dice la señora que en la tierra de ella no habían arcos, sí habían arcos, porque si por lo menos pa' llá en aquellas tierras de abajo salía un arco se cruzaba todo ese labro, ese arco salía de abajo y entonces iba a tomar a aquel zanjón agua, como también había arcos por aquí por este lado donde llaman el Carmelo y salían pa' acá. Por aquí había un pozo, había un arco blanco no, que salía de noche bajaba aquí a la carrera de los lados de los mujíes, decían los viejos, papá y esos, que había un arco blanco, esas son cosas que uno las vio.

³ Se refiere a los arcoiris

Dice mi mamá que había un zanjón por donde llaman El Cucharito, cogiendo ella café, decía que el arco era como un caballo, ella lo vio bebiendo agua. Estaba trabajando no, y lo vio cuando estaba el arco bebiendo agua, pero era del tipo de un caballo, entonces el arco es como un caballo, quiere decir que mucha gente dice que no, que eso es un asunto del sol, de una llovizna, pero si se levanta un arco de por allá vamos a decir, de campo alegre al águila a tomar agua un arco largo. También por lo menos uno ve un arco allá no, y se pone a silvarlo y a silvarlo y luego lo tiene cerca.

El asunto de un Arco es que por lo menos uno no le puede hacer mal no, porque ellos están en la montaña y como hay arcos que llaman arcos madre no, y se van dando bote y bote y bote y el arco iba por en un rollo de niebla dando bote, lo vi yo cuando iba el humo de la niebla dando bote, es un arco manare que hay, un arco manare, como estaba diciendo el señor el sábado que él se había ido el sábado a un agua y sintió la calor, pero el sintió la calor y era que el arco estaba encima de él, el señor que estaba conversando con nosotros el sábado, al arco no hay que hacerle mal, porque si uno le hace mal lo puede fregar. También de allí de la Guaira pa'riba, de aquellos laos, se han cargado la gente los arcos y han aparecido pa'llá pal lao de allá, un señor echó el cuento que se había perdido un señor y lo habían conseguido del lao de allá, eso es.

Usted no ve que este muchacho que pasó ahorita ese le tiembla a los arcos porque muchas veces como le digo no, está un arco por allá entonces uno dice de monifato a chiflarlo no y luego lo tiene cerca, luego lo tiene cerca, así sea lo ve de cerca, ese es el motivo del arco. Como también en otras partes los arcos se han cargado la gente, cuánta gente por aquí, donde llaman la laguna no, ahí había un pozo donde hay una cruz arriba y una vez apareció un señor encaramao en un tronco; el arco lo encaramó arriba. Decía que eran una mujer blanca y un hombre blanco, eso es, eso es todo lo de los arcos. Los arcos no es cualquier cosa, bueno que como eso ya ha cambiao mucho, la naturaleza,

la naturaleza ha cambiado mucho, antes caía una llovizna y la persona veía un arco ahorita no, ahorita muy rara vez que se ve un arco, de por allá de aquellos lados de abajo iba un arco a beber aquí a un pozo de agua, era un madre animalazo, ancho y colorado, ahorita no, ahorita es muy raro que se vea un arco.

Aquí en la montaña arriba arriba, había lo que llamábamos antes el hoyo, allí salía un espíritu, como un muchacho y muchas veces un familiar mío y había una señora buscando leña lo vieron, pero no más lo vieron se voló pal zanjón, era como un muchacho no, tipo de un gavilán se zumbó pal zanjón.

Chucho habla desde la memoria y narra los relatos de los antepasados que fueron transmitidos en forma oral de generación en generación:

Los abuelos decían que por aquí espantaban mucho, espantaban de madrugada, salía la llorona, las brujas, había una que llamaban la Múcura.

Una vez estaba lloviendo y llegó el señor mojado y entonces fue la señora a buscarle ropa y cuando tronó pisó barro, y la mató un rayo, entre esos estaba mi abuela, y eso que la mató la pura candela no la mató el rayo, la mató la candela, el rayo cayó en otra parte. Eso fue hace sesenta años. Eso lo contaba mi abuela. Por cierto que hace doce años una señora que hacía una soba, que todavía vive, también nos contaba eso, que ella también había estado ahí.

Grabiél se fue pa' la montaña a llevar el almuerzo y dice que salió rodando con todo y almuerzo, vio unos llanos muy bonitos y cuando llegó donde estaban ellos la comida estaba toda revolcada.

Cuando el señor estaba deshierbando las matas en el llano donde siembra mi papá, un señor que se llamaba Venancio, que cuando la señora iba a llevarle el almuerzo lo veía con bastantes obreros y cuando llegaba estaba solo, era que tenía pacto con el diablo o qué se yo, no tengo ni idea.

A los arcos hay que respetarlos porque son cosas de Dios,

por lo menos uno lo grita, le canta la guarura, lo chifla y se ponen calientes los arcos, esos bichos son delicados con eso, porque la otra vez andaba mi hermano Pedro, andaba Jesús Alfredo pa' los lados del castín de Reina y bajando el maquinista dijo que le gritara unas cosas al Arco y el Arco lo persiguió a él, él en el carro y el Arco venía atrasito, por lo menos el espíritu del Arco, ellos venían en el carro y les echó un susto bueno, porque los venía persiguiéndolo la calor del Arco, esa es una calor, tiene una cosa con el sol, cuando está lloviendo hace un arco iris, y lo venía persiguiendo. Y mi hermano Régulo y estaba Cheo y Orlando, estaban sembrando caraotas pa' Chipuén, en el zaguán del mango se pusieron a gritarlo al Arco y a chiflarlo y se volvió la noche, entonces mi papá los regañó por eso, que con eso no se jugaba.

Según cuenta Chucho, hay arcos machos y arcos hembras y cuando se prolonga un periodo de lluvia por más tiempo del acostumbrado o se presenta extemporáneamente en época de sequía, eso ocurre porque un arco macho y un arco hembra se casaron y están celebrando.

Además de los arcos, es común escucharles historias de brujas como las siguientes:

Yo estando aquí una vez, no había luz cuando eso aquí, cuando yo salí eran como las siete y media serían, fui pa' la casa arriba de mi mamá, cuando vi una bulla, brumbrumbrum, eso iba por esa vaina abajo, pa' mí era una bruja.

Una vez una señora estaba enseñando a la hija a ser bruja y cuando estaban volando le dijo la mamá a la hija, no vaya a mentar santos y cuando salieron a volar de noche, estaba la luna clarita y vieron una laguna y vieron la luna y dice la muchacha "Virgen del Carmen" y cayó la muchacha a la laguna. Eso me lo dijo a mi Rumán, eso que fue en la cordillera, que iban la hija y la mamá a salir de noche, iban volando pues las dos, entonces cuando vieron la luna clarito con la luna ella dijo "Virgen del Carmen", entonces ella cayó al agua.

También relata historias de almas que desandan el camino antes de perecer el cuerpo que habitan, anunciando de esta manera el fatal desenlace:

Había una vez un baile aquí en el Alto, estaba mi abuela sentada en el corredor cuando ve pasar una sombra. El señor era del Cumbe, eran como las doce del día y por ahí a las seis de la tarde comenzó el baile y el hombre llegó como a las nueve, ocho de la noche, pero ya el señor estaba desandando. Pero cuando comenzó el baile como que apagaron las luces y un señor que se llamaba Melanía Prada, que fue quien peló por el cuchillo y cortó al señor y lo mató y estaba otro señor que se llamaba Jesús Toro y dijo “así es como se mata a un hombre” y fue el único que lo vino a pagar con cárcel.

Una vez había un baile, vino la gente de La Laguna y la gente de La Laguna no se querían con los del Alto y entonces les echaron una carrera, los echaron a rodar por allá por ese filo, cayeron abajo, botaron los sombreros, al otro día fueron el señor Simón Lamos, allí en el Guamo y consiguieron los sombreros y le cayeron a machete y los machetes brincaban pa’riba de los huesos que eran los sombreros.

A su vez Yohania rememora lo que sus ancestros le contaban:

Lo que más recuerdo es que mi abuela nos comentaba, mi abuela Filomena, porque también estaba mi abuela Paulita. La abuela Filomena nos comentaba que una vez ella iba tarde en la noche por el camino y cerca de la casa de mi mamá que hay como tipo un zanjón, así una mata de cambur y eso, ella dice que cuando iba pasando vio como una urna así, una urna de las que usaban antes, de madera, o sea, medio fabricada que estaba ahí, entonces ella dice que era tanto el desespero, el apuro que ella llevaba por una emergencia, que ella no le importó, ella dice que se levantó el vestido hasta arriba hasta donde todo lo que pudo y brincó por sobre eso y pasó, entonces siempre nos quedó

como eso de que si ahí espantan, que si esto y aquello, o sea, lo que más recuerdo, eso es lo que más recuerdo de esa parte.

Gabriel Antonio Valero vive con su hijo José Mateo, su nuera y sus nietos. Él dice que tiene ochenta años, pero no recuerda en qué año nació. El padre llegó de Barinas y conoció a la madre, que era de Mendoza, se casó con ella y se quedó en estas montañas. Comenzó a trabajar en una hacienda en San Pablo, propiedad de don Antonio Valero, donde ganaba un real al día “maleteando fajina, la hoja de la caña con lo que le daban fuego para hervir el jugo de caña. Trabajaba de seis de la mañana a las seis de la tarde. Los sábados me pagaban seis bolivaritos. Tenía unos doce o diez años. Ahí estuve trabajando como hasta los 18 años.” Cuando el padre falleció, dejó el trabajo en la hacienda y se fue a sembrar a medias con el señor Quintito Gutiérrez, un tío de don Guillermo, quien lo ayudaba. Al principio sembraba caraotas, maíz y apio, luego se dedicó a la siembra del tabaco: “Porque ya nos dejaron quietos pa’ que sembráramos tabaco, antes no nos dejaban sembrar tabaco porque el chimó estaba de contrabando, si nos encontraban sembrando tabaco nos quitaban el chimoíto.

Don Gabriel habla de sus experiencias con seres sobrenaturales de la zona:

De los encantos lo que sé fue el susto que me echaron a mi por allá yendo a trabajar, ese día dende que me fui de aquí, vía amaneció cayendo un serenito, iba saliendo allá pa’ la montaña pa’ emboscar pa’ la parte del salao cuando me vi un arco y entonces voy bajando así una media bajaita, se me resfaló el pie y se me fue hasta la corva y ahí la fui a alzar y se me fue la otra, perdí la idea e iba pa’ un zanjón abajo, pero menos mal que lo que me favoreció era porque cargaba un santuario de medallas y me dejaron quieto los encantos, los arcos pues y cuando salí de allá pues salí que no me conocía de barro y así me fui dando, como borracho hasta que llegué al caney y allá me ensalmaron, me mandaron a quitar la ropa, venía muy encharcao.

Una vez, iba por el medio de un candilón pa´ bajo y medio de unas lajas ahí, y fuera terminao abajo, pero como cargaba las reliquias eso fue lo que me favoreció.

Yo otra vez tenía un buey usté sabe donde es el chorro, ese buey no bebía agua ahí en el chorro. Usté sabe dónde era los cambures? Allá era donde iba a beber agua en todo el pico de la peña, ese era un encanto que me encantaba el buey, tenía el buey encantao, tuve que ponerle una cera bendita en lo cachos. Ese bicho no bebía agua ahí, ese picaba por ahí pa´ bajo iba a beber en todo el pico de la peña, ya pa´ bajar a la represa abajo. Todo eso es encantao.



José Mateo Lamus

José Mateo complementa la anécdota con el recuerdo de lo que el padre le relató:

Bueno, yo me acuerdo de esa vez que papá nos contó, ya eso tenía bastante tiempo de que a papá le había sucedido eso, ya yo tenía como quince años fue que empezó él una vez a contarnos y mamá también me lo había dicho lo que papá le había sucedido en esa montaña, porque nosotros cuando empezamos a sacar esa agua que tenemos aquí fue cuando papá y mamá nos dijo: “tengan mucho cuidao, tengan mucho cuidao en esa montaña, porque esa montaña no vaya a creer usté que es como andar por aquí, porque ahí hay muchos arcos, muchos encantos. Mire la vaina que se llevó su papá, pasando por un camino, era un caminito de ellos transitar, si había una parte que era camino de bestia,

el resto era un camino estrecho de puramente pasar ellos. Fue cuando mamá nos dijo: “no, tengan mucho cuidao, si van a ir hasta allá pongan mucho cuidao nosotros hicimos las diligencias cuando eso para sacar esta agua que tenemos, nos fuimos y papá nos echó ese cuento, que él iba a llevar la comida, un dulce, una panela allá al que estaba en el caney trabajando, allá en esas montañas tan lógrimas, solas, muy lejos de aquí y entonces fue lo que le sucedió eso lo que él dice que iba pasando donde había una agüita, claro si era lo que llamamos un pantano y claro a papá se le fue el pie y papá dice que claro no se iba a estar asustando cuando se le fue el pie, y después se le fue el otro porque estuvo haciendo fuera a ver si podía salir, cuando menos apercató se le fue el otro, después no supo más nada.

Pero José Mateo sólo habla en función de lo que le han contado otros, y refiere las diferentes versiones que conoce de los arcos:

De lo que me han contao de los arcos son muchas cosas diferentes que como le dicen a uno de los cantos: que en las nacientes, o donde tan las quebradas de agua, zonas que muy montañosas. Me los han contado otras personas que el arco se forma de varias cosas pues, como puede ser de un animal, me han contao así, pero no es que yo lo he visto, sino que siempre me han dicho eso, que bueno, a mí una vez me había contao un señor que había mandao a la señora a buscar agua y de repente cuando había llegando había visto un niño en la naciente, eso fue arriba por donde está el Italven, por ahí en esa parte, que ahí había ido a buscar agua que había visto era como un niño y cuando la señora llegó donde iba a agarrar el agua ya no estaba, entonces claro, de ahí la señora vino con el cuento la gente decía no eso era el arco o el encanto.

Porque le dicen a uno una cosa, como también dicen que se puede transformar también en un caballo o muchas personas dicen que han ido a una naciente a buscar agua y han oído como relinchar una bestia. Yo he estado en las montañas y nunca y he ido solo a esta montaña y no he oído,

bueno lo único que si oí cuando iba llegando a la naciente al agua, lo único que si oí la voz de unas personas, nada más fue ese día como hablaban, pero no oí más nada de lo que pronunciaban, nada más fue ese día, ahí si me quiso dar miedo y bueno, desde esa vez yo no volví más solo para la montaña a echar el agua.

Hay muchos cuentos sobre deso, que a veces que no puede ser el arco, que puede ser otra cosa. Yo una vez estaba conversando con un muchacho que es de una religión evangélica y él me dice el arco no puede ser, porque mucha gente dice que los arcos son malos, que yo entienda los arcos no pueden ser malos, pa' mi pues, él me dice, no los arcos no pueden ser malos.

Eso, claro, de que dicen de los arcos y bueno, que ven el reflejo, eso que sale y dicen que es el arco. Pero me han dicho, no crea en eso que eso no son arcos, dicen que son reflejos solares no, dicen y entonces hay personas que están como lo que ha dicho papá, yo de mi parte pues no creo que eso pueda ser así, que hay gente que dice, como una comparación, si sale de aquí como para la parte del Italven, entonces dicen, no salió a tomar agua allá, bueno como son creencias de la gente de antes pues uno dice, pues si será. Pero por mi parte yo no creo. Uno se confunde ahí porque hay personas que dicen usted se pone a silvarlos y a gritarlos, ellos se ponen bravo y de repente dice a lloviznar y de repente sale el sol, como se puede poner de repente oscuro, ahí es donde yo no entiendo muy bien cómo es la cuestión de los arcos. Cuando uno lo chifla o lo grita eso se pone como una candela, ahí es donde se ponen bravos y usted no ve que los arcos puede estar el sol rayao y salen y está una brisa, una brisa.

José Mateo se debate entre las creencias heredadas y las dudas que inevitablemente surgen en la medida en que entra en contacto con personas ajenas a la cultura popular, quienes ofrecen explicaciones racionales a los fenómenos que los suyos interpretan como sobrenaturales. Aunque dice no creer, al reconocer que "se confunde" deja abierta una posibilidad a la existencia de lo mágico maravilloso.

Tal vez el katé sea el más extraordinario de los seres mitológicos de esta región. Este medio-hombre, que camina muy rápido y no se deja ver la cara, suele ser visto en zonas muy boscosas, poco habitadas y donde hay nacientes de agua o lagunas.

José Mateo describe a los katés a partir de lo que otros le han contado:

Sobre del katé, unos dicen que es un tipo así muy demasiado de alto y muy delgado, unos dicen, de las personas que lo han llegado a ver así medio medio en la montaña no le han llegado a ver la cara.

Ese señor que se llama Rosario, se llama él, el una vez me estuvo contando que él había visto el katé pa' los laos del Alto del Tomón y en esa montaña hay mucha agua y esa montaña es muy virgen, muy espesa, muy grande, tiene árboles muy inmensos, entonces ese fue el señor que me estuvo contando. Él me estuvo contando que bueno sí, que lo único que lo vio que era un tipo muy alto, pero flaco, pero no les llegó a dar la cara, o sea que él dice que en un momento vio que pasó, pero caminando muy rápido.

Don Gabriel admite no haberlo visto:

Yo no los conozco, pa' que voy a decir que yo los conozco, no, yo lo que he oído decir que sí hay katé. Y eso dicen que no es un hombre completo, que le falta una pierna y un brazo, pero grande sí es que es, dicen. Dicen que onde salía katé, usted sabe onde es el hoyo, ahí, ahí dicen que salía el katé, no se, porque yo no lo vi, pero hay otros que lo vieron.

Don Guillermo, por su parte, cuenta cómo su papá fue agredido por un katé, aunque también reconoce no haberlo visto nunca:

Una vez mi papá por allá arriba trabajando en los mujíes, por allá en la montaña, lo mordió un katé en una pierna, no lo vio pero había aguano, en los mujíes adentro, había una

vertiente de agua, muy poca, pero el sintió que lo mordió un katé en una pierna, ese es un encanto.

Como le digo no, mi papá estaba trabajando por allá en el mují adentro no, en un zanjón no y el sintió que lo mordió una cosa, dijimos que era el katé que le había mordido una pierna, eso sintió mi papá y el katé es un tipo de medio cuerpo, un brazo y una pierna, medio cuerpo pues. Yo nunca lo vi, sino que decía la gente no, que había katé no, nunca lo vi, ni quiero verlo porque eso tiene que ser como un espíritu malo, el tipo de un hombre, un tipo de una pierna y un brazo, media persona no, eso decía la gente de antes.

Además de los katés, las brujas, los encantos y los arcos, los habitantes de Altos de la Cruz en oportunidades mencionan a los jachos y los describen como una bola incandescente que se ve en medio de la oscuridad de la noche. Pueden ser de varios tamaños; algunos son pequeños como los cocos julianos, otros pueden llegar a alcanzar grandes dimensiones. Esas “bolas de candela” no hacen daño a los caminantes.

A la par de estos seres sobrenaturales que interactúan con los habitantes de las montañas y suelen castigarlos por su conducta irrespetuosa hacia ellos o hacia la naturaleza, particularmente cuando molestan las fuentes de agua natural, ya sean manantiales, nacientes o lagunas, se habla de ciertos personajes cuya extraña actuación en el entorno resultaba misteriosa y llegó a adquirir un cariz legendario, con rasgos satánicos. Entre ellos se encuentra el mentado Venancio. Yohania nos relató sus memorias sobre el señor Venancio:

Recuerdo yo, era una jovencita ya, bía (sic) quedado un libro de él, de Venancio, que era el hermano de mi abuelo, y resulta que una vez, soy muy curiosa y me gusta mucho leer y me pongo a leer ese libro, era el libro de San Cipriano y resulta que un día empecé como a las cinco de la tarde a leerlo, y cuando iba ya varios capítulos que iba leyendo se me empieza a escalofriar el cuerpo se me levantan los vellos y siento mucho miedo, no sé qué pasa en ese momento, más nunca leí ese libro, y bueno, mi hermano, que

era el más mayor y mi mamá decidieron quemarlo a consecuencia de eso, no sé qué pasó con ese libro, pero bueno. Del señor del que estoy comentando era mi tío abuelo, era hermano de mi abuelo Máximo Convita.

A lo que Chucho agregó:

Venancio llegó aquí que era de Timotes dicían los abuelos que era que bía matao a la esposa y bía estado en la cárcel, se había fugado de la cárcel y bía llegao aquí a Altos de la Cruz, se casó con una señora que se llamaba Victoria. Murió aquí en el Alto, traía una rola de leña, así fue, y levantando la rola de leña se reventó, eso fue así, bueno y esa misma rola de leña, al año, la rajaron para hacerle el rezo de Venancio.

Yohania retomó la palabra para apoyar sus comentarios con lo relatado por la abuela:

Según mi abuela Filomena que era cuñada del señor Venancio, ella contaba, nos contaba a nosotros, que el vino de Timotes, que supuestamente había matado a la esposa que estaba embarazada, estaba preso, se fugó de la cárcel y se vino para acá a esconderse, acá llega y conoce otra señora, se casa con ella, dice que era totalmente celoso, no permitía que nadie llegara a la casa de él, solamente le tenía una sola persona de confianza que era con quien dejaba que ella tratara y esas cosas y bueno que era tremendo, era delicado, un energúmeno completo, un huraño, una persona así muy extraña, y bueno, las consecuencias de la muerte sinceramente no se mucho de eso. Mi abuela ya tiene muchos años de muerta y no recuerdo mucho de esas cosas.

La vida y la muerte van de la mano por estas tierras que tocan el cielo de nuestros Andes. En muchas oportunidades, familias enteras se destruyen vengando afrentas; en otras, como en el caso de Venancio, se

acepta con recelo la presencia de extraños que traen consigo un aura de misterio y una historia de violencia que impone temor entre los lugareños. Ellos pasan a formar parte de las leyendas de la comunidad y la mención de los mismos permite construir discursos aleccionadores para las nuevas generaciones.

Si bien el proceso de globalización ha tocado a esta comunidad tan alejada de las ventajas de la ciudad industrializada, no ha logrado destruir la herencia cultural que por años se ha transmitido de padres a hijos oralmente; sin embargo, el inminente contacto e intercambio de los más jóvenes con los centros urbanos cercanos ha hecho que las creencias sean ya percibidas con cierto recelo, como es el caso de José Mateo.

Si el temor a los arcos permite proteger las fuentes naturales de aguas de la contaminación, los remedios naturales siguen solucionando los problemas de salud tanto de personas como de animales, y su eficacia es confirmada continuamente. Hay una sabiduría popular en todos los relatos, un intento por hilvanar la historia de una comunidad que siente amenazada su identidad por el creciente individualismo y la ambición personalista que pareciera irse apoderando de las nuevas generaciones y, particularmente, por la migración de los jóvenes a las ciudades. Los mayores se van quedando solos, lo que conlleva a la ruptura de la línea de la transmisión oral de los valores del grupo. Las palabras, “son algo más que signos lingüísticos y arrastran consigo adherencias significativas que la tradición, las costumbres o las creencias han ido depositando en ellas” (Sanabre, 1994:92). Sonoridades, arcaísmos, repeticiones, forman parte importante de los relatos que nos hablan de la visión del mundo de esta comunidad, que ha preservado la cosmovisión de sus ancestros.

La respuesta que los habitantes de Altos de la Cruz dieron a nuestra propuesta de acopiar sus historias para preservar la herencia cultural fue entusiasta, ya que entendieron el valor que ello tiene, más allá de la comprobación sobre la veracidad de las creencias.

Con esta recopilación buscamos contribuir a salvaguardar la sabiduría contenida en los relatos. Este es nuestro homenaje a los siempre

amables, generosos y hospitalarios vecinos de Altos de la Cruz, y nuestro pequeño aporte a la historia local y regional del estado Trujillo⁴.

Referencias Biblio-hemerográficas

LOTMAN, Jurij y Escuela de Tartu. (1979). *La semiótica de la cultura*. Madrid: Cátedra.

SENABRE, Ricardo. (1994). "Claves temáticas y personales en la literatura". *Etnoliteratura. Un nuevo método de análisis en antropología*. Córdoba: Universidad de Córdoba.

⁴Agradezco a Alfredo Cedeño su invaluable colaboración en esta investigación, particularmente en cuanto al trabajo de recopilación y grabación de testimonios.